

PRECIO: \$ 1.50

REVISTA



DE ARTES Y LETRAS

Año II - N.º 1

1.º de Enero de 1918

92

De la señora Inés Echeverría de Larrain.

UN PASEO AL MAR

¡Qué tristeza de vida!... En aquellos campos desiertos, demasiado modernos para poseer las variaciones de perspectiva de la naturaleza salvaje, la familia Raval naufragaba en el hastío, como caravana de turistas en medio del Sahara.

El borrascoso destino, juguetón e irónico como viejo saturado de picardía que se propusiese pasar el tiempo a costa de un grupo de niños ingenuos, los había traído de las costas de Francia para arrojarlos a un rincón desamparado de nuestra adusta campiña. De las doradas ilusiones que inflaran el velamen de su bajel de aventureros al partir de la madre patria, sólo quedaban leves soplos desmayados. La familia Raval había ido descendiendo de mal en peor, y del antiguo barquichuelo emprendedor ya no quedaba más que el casco cubierto de moluscos y vegetaciones marinas.

Mr. Jean Raval, de viñatero bordalés había venido a menós de puesto en puesto a medida que las hijas aumentaban. Llegó a tener sieté, número perfecto en los libros santos. Todo disminuía con la estrechez de los recursos, todo, menos el orgullo que se arraiga más en los seres, mientras menos hay en qué fundarlo.

Mr. Raval había entrado al fundo en calidad de horticultor, con grandes expectativas del dueño que esperaba de su emplea-

do hermosas plantaciones. Mr. Raval era pequeñito como gallo de pelea; tenía el ojo malicioso, el labio grueso y la sonrisilla malévolá. Se sentía descentrado en medio de los rústicos que componían el personal de la propiedad. Los huasos, ladinos, con la picardía que los caracteriza, veían en Mr. Raval el enemigo de la raza aborigen, y no perdían ocasión para hacer alguna de las suyas «al gringo de las casas», como lo llamaban. Sin inmutarse, en silencio, los peones hacían el trabajo al revés de como Mr. Raval les ordenaba, de suerte que las plantaciones, los ingertos, los riegos, producían efectos contrarios y desastrosos.

Madame Raval se decía de origen noble, «*une Condé-Martin*»; pero en «Los Quillayes» no era más que «la mujer del gringo». Seca y lamida como gata de tejado, con dos dientes de menos cuyos huecos dejaban pasar la saliva al hablar, conservaba cierta confianza en sí misma, debido a la conciencia de su origen noble y a la falta de espejo... Apenas cubierta por sus guñapos y el cabello protegido por un velo verde, la pobre señora solía exclamar:

—¡Quelle vie, mon Dieu, pour une française et pour une Condé-Martin!

Y al pronunciar su apellido ilustre delante de las gallinas rebeldes que picoteaban incansables los detritus de la casa del herrero, acompañaba la palabra de un profundo suspiro.

Cada día, las preocupaciones del gallinero, «*les ennuis*» como ella decía, o los fastidios en buen romance, la apergaminaban, le pegaban más la piel a los huesos. Su boca grande y desdentada se abría sobre la ruina de los dientes partidos o cariados, como una puerta cochera que mostrase los desperdicios de la casa. Su cabello, que fué ondeado y flexible, habíase vuelto rebelde y algunas crenchas indómitas se escapaban del tul en girones que pretendía aprisionarlas. Pero a pesar de todos sus golpes, la vida había dejado en su espíritu un residuo inagotable de puerilidad que le permitía alegrarse sin razón y esperar a despecho de todas las realidades. Es que estas mujeres que han sido honestas por la fuerza de las circunstancias, permanecen cándidas y accesibles a los fáciles regocijos.

En el presente, Mme. Raval vivía de dos sencillas ideas, ante las cuales se henchía de esperanza como una esponja reseca que se sumerge en agua clara: su negocio de gallinas y un proyecto de paseo a las playas de Lolloo para celebrar el día de su santo. Era mucho lo que revolvía en el magín la lista de cosas que compraría con el producto de sus gallinas, y ello bastaba para mantener su espíritu poblado de sensaciones alegres. Cuando decaía el entusiasmo y comenzaba a pensar en la tristeza de vida a que condenaban a una Condé-Martín, bastaba que las muchachas, que sabían explotar sus débiles, pusieran ante sus tribulaciones de gallinero la perspectiva del viaje a las playas en el día de la gloriosa mártir Santa Felicitas—ella se llamaba Felicité,—para que madame Raval sonriera beatíficamente abriendo el portalón de su boca desdentada.

Ver el mar, que perdiera de vista desde la época de su viaje a Chile, pasar un día de verdadera holganza, tener ocasión de lucir los sombreros recién confeccionados y los vestidos arreglados por décima vez con los mismos trapos, dejar de ser campesina por un momento y reencarnar la Condé-Martín que ella se sentía como en trono invisible, eran placeres que ponían a madame Raval en pie de ensoñación seráfica. ¿Cuándo, ni en qué desierto, una francesa dejará de sentirse hija de Eva y muñeca digna de adoración?

Madame Raval estaba condenada por la sencillez de su espíritu a no ver más que detalles insignificantes en todo. Imaginaba, entre otras cosas no menos bizarras, que la educación consistía en saber hacer reverencias y hablar del tiempo y de los decires de la gente. A sus hijas no les había enseñado nada, puesto que ella nada sabía. Y las pobrecitas habían crecido incultas, dedicadas a los menesteres domésticos, cosiendo, zurciendo y, con su instinto de hembras, componiendo los míseros trapitos para embellecer.

Entre las siete niñas del matrimonio Raval había una colección de tipos; grandes y chicas, gordas y flacas, listas y torpes, Marie, la mayor, era la más consciente y la mejor parecida. Tenía el buen gusto ingénito para vestirse y solía sonreír con gracia. Tenía el dón de condimentar sus poquísimas ideas para

dar cierto movimiento a la conversación, y poseía un regular surtido de miradas con diversas expresiones que producían el mejor efecto entre las personas que la trataban.

Tipo distinto al de Marie era la segunda de las Raval, Sophie, que posaba la laxitud del cuerpo en fruición amorosa, parecía tener los ojos continuamente en almíbar. Su cuello se inclinaba sobre un hombro como amorosa tortolilla y sus ojos se clavaban siempre iguales, suplicantes y tiernos, lo mismo sobre un hombre, que sobre un árbol o un perro. Todo su ser se había plasmado definitivamente en aquella actitud, sin variación posible, y parecía estar con un amante a la vista en cualquier momento de su vacía existencia.

Celestine, la tercera, con su naturaleza rústica, su cutis fresca, las facciones toscas y el pelo enmarañado era, después de todo, la única natural y sencilla de las hermanas. No posaba ningún personaje que no fuese la frescura de la campesina joven y sana, que se lava con agua clara y se satura de las exhalaciones de las yerbas. Su color tostado le daba más vida que los pésimos coloretos de las hermanas, cuyos blancos y carmines, así como las sombras de los ojos, demacraban la fisonomías haciéndolas aparecer enfermizas.

Venía después Helène, gorda y fofa, perezosa y muy tímida. Era la Cenicienta. Las hermanas se avergonzaban de ella y la habían destinado a la cocina. Su trato con las ollas la había vuelto más huraña y desconfiada, haciéndola huir de las gentes siempre que podía.

Del resto de las hermanas menores, la única que tenía carácter digno de mención era Sarah, muy chica, delgada y pálida, con boca de pescado y las manos húmedas; daba la impresión de reptil con su mirada turbia, esquiva y falta de luz, cual si abrigara malos pensamientos. Las otras eran todavía cuerpos y espíritus en formación y no vale la pena que nos demos el trabajo de presentarlas.

II

Llegó el gran día tan esperado. De lo que no se había dado cuenta madame Raval era de que las dos hijas mayores esta-

ban de acuerdo secretamente con sus enamorados para encontrarse con ellos en las playas de Llole. En la aburrida soledad de los Quillayes habían florecido algunos idilios campesinos, a pesar del orgullo de los esposos Raval que procuraban en lo posible aislar a sus hijas de todo contacto con los rústicos de este país infame.

Sophie había logrado cautivar con sus eternos ojos en almibar al administrador de un fundo vecino, viejo, casado y vulgarote; pero don Acario llevaba pantalones y eso era bastante en aquel desierto, además, le prometía desposarse con ella tan pronto como muriese su mujer, enfermiza y deteriorada por los años...

El corazón de Marie vacilaba mientras tanto entre dos galanes. Era el uno Pedro Fernández, rico propietario de los alrededores, joven, apuesto y elegante, pero... casado; y el otro, el señor Bahamondes, hombre de trabajo, campesino que se labrara una modesta fortuna a costa de tostarse el cutis bajo los ardientes rayos del sol, y de perder sus pocas condiciones de sociabilidad en contacto de rústicos groseros. La naturaleza fina de Marie la llevaba irresistiblemente hacia el enamorado aristocrático; pero su sentido de muchacha práctica la hacía reflexionar que valía más decidirse por Bahamondes, poco refinado, pero hombre capaz de llevarla hasta el codiciado altar. Pensando en tales expectativas matrimoniales, habíase puesto de acuerdo con él para que, junto con el enamorado de Sophie, las esperasen en Llole el día de Santa Felicitas.

Comenzaron, pues, los preparativos. Algunas aves fueron ofrecidas en holocausto a la fiesta de *Felicité*. Se llamó al cocinero de «las casas», y con el cebo de convidarlo al paseo, le hicieron condimentar pollos escabechados con cebolla y mucho aceite; y manjar blanco en «sambuches», como decía aquel indio grande, triste y grave, que hacía recordar con sus facciones de mulato y su expresión estúpida al famoso general Daza de la guerra del 79.

La perspectiva del viaje había hecho crear una frase que circulaba en todas las bocas de la familia Raval, frase compuesta de chileno popular y de reminiscencia francesa:

—*On va a gocer a Lolloo.*

Se hizo venir de Melipilla uno de esos coches del museo en que durante la Colonia los hacendados debían atravesar los ríos sin puentes, alto, ventrudo con dos ventanuelas pequeñísimas, y arrastrado por cuatro jamelgos blancos, de extraordinaria flacura, verdaderos candidatos a esqueletos. El cochero, un roto de guarapón y manta colorada, aunque negado a todo asombro por su atavismo araucano, pasó, sin embargo, por un momento de indecisión y espanto al considerar la preciosa, pero monumental carga que tendría que recibir en el desvencijado vientre de su carricoche.

Madame Raval, vestida de verde cata y con un sombrero en que los atados de cintas multicolores regocijaban los ojos como una mancha de pintura futurista, parecía la reencarnación de una monia egipcia en un pez espada. Mr. Raval, a quien ninguno de los empleados de los Quillayes había reconocido esa mañana en su traje de futre: tongo, camisa muy engomada con pechera amarilla; anillos, prendedores, cadena de reloj, todo un bazar ambulante de joyería barata en que el oro colorado, las cabezas de perro, los escarabajos azules, ornaban la figura del jefe de aquella caravana digna de un serrallo de sultán.

Las hijas, en número completo, era cada una un cuadro aparte posando una idea determinada. Marie representaba la Distinción. Llevaba un trajecito de colores neutros, bastante apegado al cuerpo para exhibir las formas finas y un escotito bajo para anunciar las delicadezas de la garganta negligentemente defendida por leve encaje.

Marie presentábase más delicada que nunca dentro del estuche de su *tailleur beige*, y ponía más intención a su sonrisa y más finura a su palabra. Sophie vestía de color rubí,—matiz del deseo encendido,—y adoptaba posturas de confitería que se exhibe en vitrinas. La fresca y saludable Celestine vestía de obscuro, ataviada con un sombrero en forma de cacerola y reía sanamente, mostrando sus dientes blancos y firmes. Las demás hermanas completaban con sus vestidos de todos los colores el cuadro de bazar de turco, con sus cintajos y sombreros de todas formas.

A muy duras penas la familia Raval en masa logró penetrar al vehículo, que si no crujió y gimió, porque no tenía resorte sensible, en cambio se inclinó pesadamente sobre los ejes cansados. Hubo que colocar en la parte posterior del coche los canastos y los cajones de vino. En el asiento de adelante, junto al cochero, se instaló el cocinero con su aspecto de indio triste. Mr. Raval, el ojo fulgurante y malicioso, como encendido por el recuerdo de las brillantes aventuras de su juventud, el bigote retorcido y aguzado en punta, saboreaba un cigarrillo en sus labios gruesos.

¡Era de ver por las estrechas ventanuelas aquel colmenar de cabezas humanas: ocho mujeres encintadas, emplumadas, como un harem en viaje!... ¡Y qué carga para los caballos arrastrar aquel mundo, y para el cochero, hacer moverse aquellas bestias! De pie, con el látigo en gira furiosa, no lograba el auriga poner la familia en movimiento hacia la estación.

Los ánimos comenzaron a inquietarse. Madame Raval decía: —¡Si nous allions rester!

Las muchachas devoraban su angustia en secreto; Mr. Raval golpeaba las manos y se burlaba del cochero, quien refunfunaba entre dientes:

—¡Pa esta carga no se monta en coche, sino en carreta y con diez yuntas de güeyel...

Y después de grandes esfuerzos de los escuálidos caballos, el carricoche partió al fin, dando tumbos por los peñascales y hoyos del camino...

III

Después de un viaje lleno de accidentes, en que las niñas se envolvieron la cabeza con pañuelos para defender las ondulaciones del tocado, e hicieron esfuerzos inauditos para defender las pinturas y no llegar como monos, tuvieron el desencanto de no encontrar en la estación a las personas que esperaban. No sabían que en los días de fiesta hay varios trenes de excursión y que los amigos podían tomar otro cualquiera y llegar a Lollole con poca diferencia.

En el tren los esposos Raval se sentaron juntos, mientras las

niñas permanecían de pie entre el gentío que se apretujaba en el pasillo central, sofocadas por el calor y agobiadas por el polvo y el aire viciado. Las dos mayores disimulaban con dificultad el fastidio que les causaba la deserción de sus amigos y mostraban sus rostros irritados y molestos.

Pero Madame Raval sólo atendía al encanto que rebosaba su pobre espíritu en vacaciones:

—On va s'amuser—decía dando con el codo a su esposo, cada vez más penetrada de la dicha del paseo. Mr. Raval, mientras tanto, con su airecillo burlesco flechaba a una robusta dama de toilette pimpante y de magníficas fortificaciones que casi hacía estallar las sólidas costuras de su *tailleur*; el ayuno campesino y las escaseses de su esposa, habían hecho a Mr. Raval muy sensible a esos monumentos animados. La carne hinchada y rebosante, las bocas sanguíneas y jugosas, las pantorrillas blandas, le ponían ternura en el corazón y alegría inconsciente en el espíritu.

La facilidad emotiva de Mme. Raval, encontraba amplio pábulo en la contemplación del paisaje. Ya desaparecía la vegetación de la llanura fértil; la esterilidad de las playas se anunciaba en la tierra seca, amarillenta y rocallosa, en las quebradas profundas que salvaba el tren por puentes y acueductos. Todo enternecía a Mme. Raval, el horror a los abismos y el aspecto del terreno, y sobre todo, *la senteur de la mer*, que ella percibiera antes que nadie. Dilataba el pecho seco y sus formas escuálidas para recibir el potente soplo del mar como un hálito sagrado.

Monsieur Raval, ocupado en flechar a su «beldad», espiaba el momento de hablarle. Un saco que rodó de la red le dió ocasión para prestarle un primer servicio que hizo rasgarse para él en efusivas palabras de agradecimiento aquellos labios que excitaban su apetito viril. Muy pronto Mr. Raval logró preguntarle a dónde iba, interesarse por su persona y darle a Mme. Raval ocasión de desatar su lengua hinchada de entusiasmo ante la novedad de las sensaciones que disfrutaba.

El alborozo de la pobre señora no tuvo límites cuando divisó el mar.

—Regarde, regarde la mer!—exclamaba. Quería que todos mirasen y no podía levantar a los otros al diapason de su entusiasmo.

El océano, en efecto, resplandecía en un azul magnífico y la dilatada playa estaba batida, lamida por un oleaje que se arrollaba y desenvolvía furioso.

El tren se detuvo en la pequeña estación de Llolleo y la familia Raval salió de la estufa mal oliente del vagón para encaminarse en pintoresca caravana hacia el mar próximo. Junto al agua tomaron posesión de la playa, cayendo Mme. Raval con toda fruición sobre la arena blanda y tibia que la recibía como una cuna. La sorpresa de Mme. Raval no tuvo límites cuando don Acario y el señor Bahamondes vinieron a ofrecerle sus respetos y a proponerle aceptar la carpa que tenían izada como una barca con su velamen al viento en medio de la extensión de la arena. ¡Qué feliz casualidad les había proporcionado la suerte de encontrar allí a tan buenos amigos! Las niñas también se mostraron dulce y agradablemente sorprendidas.

Comenzaba a soplar un viento huracanado, de manera que la carpa blanca fué para ellos como la salvación de un naufragio.

La señora no tardó en comunicar a sus amigos que era el día de su santo y que venía a celebrarse; pero ellos, ¿cómo habían tenido tan buena idea?

—Un capricho, señora—decía don Acario, muy gordo, ventripotente, con la lengua torpe y los ojos brillantes.

Bahamondes,—más dueño de sí, porque la satisfacción de su deseo era a plazo más largo,—refirió que esta excursión debió hacerse el domingo pasado, y que un imprevisto la había hecho fracasar, para mayor satisfacción, ya que eso les había permitido encontrarlas.

La amplia y regocijante Pastoriza, que era el nombre de la dama descubierta por Mr. Raval en el tren, tomó colocación en la playa con su «troupe», a pocos pasos de la carpa. La acompañaban una vieja, una muchacha joven y dos mozuelos. Mr. Raval no la perdía de vista.

Madame observó luego que aquella costa no era de frecuen-

tación aristocrática como ella suponía por la proximidad a la capital. Habría querido observar los progresos de la moda en las damas de distinción y no encontraba más que caricaturas. Había oído decir que se usaban *les corsages souples* y la gorda del tren se reventaba dentro de una coraza... Ella que temía no estar bastante *chic* y aparecer *en retard*, ahora se complacía en su persona y admiraba más que nunca la distinción de sus hijas. Y hasta alcanzó a insinuar a Mr. Raval por si no lo notara:

—¡Quelle difference de race! Tu vois, nos filles sont vraiment distinguées!

En el grupo de Pastoriza se disponían a fotografiarse. La vieja se quitó la capota; sus crenchas grises volaron desordenadas descubriendo un cráneo empobrecido que dejaba ver a grandes trechos la cutis seca y amarillenta. Los muchachones comían *sandwiches* con voracidad de buitres, a groseras mascadas, que les inflaban los carrillos. Pastoriza tomaba actitudes de retrato; clavaba los ojos en la atmósfera y hacía esfuerzos desesperados para afianzar las ondulaciones rebeldes. Disponía los pliegues de su vestido, pero la ventolera arremolinaba todo y ponía el cuadro en desorden. La muchacha decía a la vieja:

—Tía, yo quiero retratarme en traje de baño.

Y desdoblaba un paquete de diario en que aparecía una vieja y sucia camisa de dormir destinada a mostrar aquellas recónditas bellezas que clausuraba el vestido corto y ajustado como funda.

IV

Raval solicitó de los señores permiso para invitar a la familia del lado, bajo la carpa. Los galanes querían juntar mucha gente, porque a río revuelto... y aceptaron gustosos. Mme. Raval no fué consultada y sintió que aquella sociedad no era digna de ellas.

Todos los *cocaví* pasaron a ser bienes comunes. Y la rica chicha baya de los recién invitados se mezcló con el buen chacolí de Mr. Raval y con las tisanas de don Acario, nivelando en la

alegría de aquel día de sol, de cielo y de mar, las clases distintas, las naciones opuestas y los intereses comunes.

Se comía y se bebía copiosamente. El Indio preparaba en un fueguito que había hecho tras las casuchas del baño, los manjares, perdices, codornices, patos y trozos de cordero y cubría con la salsa de mayonesa que trajera preparada, las abundantes conservas de don Acario. La otra familia ofrecía empanadas y chanco arrollado. Con aquellos viveres había para pasar muchos días de jolgorio al aire libre.

Mme. Raval quiso levantarse un momento para estirar las piernas; pero estaba incrustada en la arena y costó esfuerzos rudos para levantar sus huesos del regazo de la tierra. En cambio, las muchachas saltaban como pajaritos. Marie tenía cuidado de besar apenas las copas, y hacía signos por lo bajo a las hermanas para que no se excediesen. Le iba en ello la conquista de un sacramento que se hace cada vez de recepción más difícil, debido a las facilidades que las mujeres torpes dan al hombre para que se pasen sin él.

La carpa, inflada por el huracán furioso que encrespaba las olas y amenazaba levantar todas las tiendas alzadas sobre la arena, hizo que el grupo buscase refugio tras las casuchas de baños.

El almuerzo fué opíparo y bien rociado de vinos generosos. *On gocaît décidément!* cumpliéndose el deseo de Mme. Raval, que, por ironía del destino, era en aquellos momentos la hostia propiciatoria. El consorte bebía y requebraba tan sin embozo a Pastoriza, que ella sentía a través de los efectos del alcohol, unos celos tristes, pero dulces, de heroína de romance que se siente víctima de injusto atropello...

—Jean, tu vas être emporté!—le decía mimosamente.

No se sabía a punto fijo si la dama gorda o el alcohol generoso iban a disponer de la gallardía del jefe de la familia.

El espíritu de vino hacía efectos diversos en las personas. Mme. Raval se volvía más consciente de su dignidad y erguía su cuerpo y estiraba su boca de sapo, con la mayor rigidez posible. El vino la ponía en tensión, tanto como relajaba los músculos y las actitudes de su media naranja. Como buen fran-

cés, y para colmo, bordelés y enamorado, Raval se hacía galante, chocaba las copas y metía las puntas de sus atuzados bigotes por los ojos grandes, dilatados y bovinos de Pastoriza. La vieja daba conversación a Mme. Raval: temas graves y tratados con seriedad indígena; procuraba aparecer muy seria en tan buena compañía y con la embriaguez que cundía y embrollaba las ideas en su cabeza débil, mayor importancia daba a todas las cosas.

Don Acario se deshacía en mieles con Sophie. En cada mirada parecía abrazarla y besarla. La lengua se le volvía de trapo y sus ojos expresaban todo lo que callaba.

Los dos muchachones comían como si hubieran ayunado un año y poco caso hacían de las niñas jóvenes. Estas aprovechaban de beber bien, en posturas cómodas, y se dejaban llevar por la dulce molicie y la vaga ensoñación que la abundante bebida hacía brotar en sus mentes vacías.

Bahamondes pretendía ser muy fino, muy moderado, estar a la altura de la distinción de Marie, y para esto callaba, la miraba y se hacía obsequioso y previsor.

El entusiasmo había llegado a un punto que pedía música, canto, palmoteo y cueca. Raval y Pastoriza rompieron el fuego en una danza bien zapateada. Madame sentir cundir su entusiasmo por la gracia ondulante y provocativa del esposo. No podía reclamar de tantas demostraciones, por muy provocativas e intencionadas que fuesen, porque éstas entraban en el protocolo del baile popular. Los ojillos de Raval relampagueaban, su vocecilla pastosa y chillona se hacía más canalla y su boca procaz se volvía más groseramente sensual. Ante aquellas piruetas, Madame, bien bebida, casi desmayaba de un deseo de goces más íntimos que los ya disfrutados en aquel día de su fiesta.

Pastoriza, a pesar de su enorme peso, giraba rápida sobre unas pantorrillas parejas como corontas de choclo, y sus carnes se remecían, a pesar de la opresión del corsé, en temblores de gelatina. La respiración se le hacía violenta con aquellas protuberancias lanzadas hacia la garganta.

A cada figura de la cueca se daba a los danzantes un gran vaso de chicha que sorbían con dignidad, como quien cumple un rito sagrado.

—«*A la santé des vos chairs rebondissantes*»,—exclamó monsieur Raval, enardecido ante aquellas opulencias y no hallando expresiones más fuertes que las de su lengua nativa.

Ella, lustrosa de sudor, encendida y muy seria, continuaba girando movida por invisibles resortes.

Poco después continuaron las niñas el repertorio de sus gracias. Marie y Sophie, después de hacerse mucho de rogar, lo que para ellas entraba en el buen tono, cantaron a secas la *Batele-1a*. Las dos de pie, como sobre el tablado de un teatro, avanzaban, accionaban, y hacían una pantomima que la madre contemplaba alborazada como ante el más estupendo prodigio de arte.

El corazón de Bahamondes se derretía en presencia de tanta gracia que iba a ser suya, y don Acario, de puro reblandecimiento amoroso, casi se liquidaba todo entero en miel. También él quiso declamar en aquella lengua que lo sacaba de quicio por la dulzura de su acento. Y así, tartamudeando, comenzó una composición que aprendiera en el colegio y que pronunciaba como gerigonza: «*L'eternel est son nom, le monde est son ouvrage*». El mismo no sabía lo que decía, pero se entonaba a más y mejor, accionando con menos propiedad que don Cristóbal en el guignol. La fiebre danzante y artística se calmó en fuerza de las nuevas copas que empinaban a cada paso.

Vino otra faz del proceso: la somnolencia de los que debían guardar forzada o voluntaria castidad y el irresistible ímpetu amoroso de los que podían ser incontinentes. Mucho movimiento de grupos. Los hombres salían primero, como urgidos por necesidades apremiantes. Las mujeres los seguían. Se perdían de vista unos de otros y después las parejas se rehacían detrás o adentro de las casuchas de los baños. Y Morfeo, Dios que prepara los descuidos que deben preceder a las caricias de Venus, cayó pesadamente sobre Mme. Raval que, a lo mejor, con su cabeza de pollo, perdió conciencia, se adormeció, vió obscuro y no supo más de lo que le rodeaba. Aquel sueño del des-

tino sirvió de manto protector a las parejas empujadas por irresistible deseo de soledad.

Sólo Marie se supo mantener en *vrai jeune fille*, a campo raso, dándose leves y virginales besos, primicias adorables que Bahamondes saboreaba agradecido. Pediría en breve su blanca mano ya que el corazón le había sido generosamente otorgado a la primera mirada.

V

Pasada la fiebre amorosa, Mr. Raval sintió furia contra su compañera, quien le representaba de golpe ese elemento popular que tanto le hastiaba en el personal que dirigía en los Quillayes—ese maldito pueblo chileno, grosero, hipócrita, de perversidad indígena.—Mientras Pastoriza se reposaba, él la odiaba. Estas mujeres sólo podían satisfacer el más vulgar deseo, pero ¡qué falta de esa gracia francesa del gesto, del *petit œil de cochon* picaruelo! Ahora Mr. Raval, presa del calor y de la rabia, sólo quería salir de aquella infernal casucha. Miraba por las hendiduras, a fin de no ser atrapado a la salida, y pudo así escurrirse con toda impunidad, con la cabeza que le ardía y las piernas debilitadas como un convaleciente que se alza del lecho. Pastoriza salió también, con el pelo enmarañado y la ropa en desorden, sudorosa y anhelante.

Las viejas dormían, las muchachas tomaban actitudes honestas. La cabeza de Raval no daba para reparar en la desaparición de Sophie y en el eclipse de don Acario. El mar rugía enfurecido, batido por el huracán de viento. Las olas se desenvolvían estrepitosas y lamían la playa en encajes espumosos. Las olas rugientes formaban un ruido casi uniforme de fragor de batalla con su rumoreo continuo. La extensión del mar azul incitaba a sumergirse, con vértigo de abismo, en el calor de aquel terrible día. Monsieur Jean sentía renacer el patriotismo en su pecho, necesidad de discutir, de proclamar la gloria de Francia y de probar sus bríos de francés que no había ido a la guerra, pero que se batiría con el Océano Pacífico como si fuera con los «boches». El calor lo impulsaba a bañarse, la furia del mar lo incitaba a la lucha. Don Acario apareció jadeante,

con su enorme vientre que le caía sobre las piernas, la boca entreabierta, los bigotes lacios, las cejas espesas y revueltas, los ojos medio cerrados. Al fin Raval encontró un contendor. Siempre sospechaba a don Acario de simpatías alemanas, pero la fiebre patrioterica del viñatero sólo hervía con los efluvios del alcohol. Raval lo tomó de los hombros.

—Vous ne parierez pas sur Constantinople?

Nada podía apostar don Acario porque no entendía. «*Cerrar apuesta sobre Constantinopla*», decía Raval con los ojos chispeantes y las puntas de los bigotes apuntadas como lanzas. Desde el principio de la guerra, Raval cerraba toda clase de apuestas sobre esa presunta caída de la antigua Bizancio, que para él debía ser la conquista de todos los harems; pero el tiempo pasaba y amenazaba convertir a sus hijas en odaliscas antes que Constantinopla enarbolase el pabellón francés.

—¿A qué no se baña usted conmigo?—le propuso después.

Don Acario necesitaba ser obsequioso. Y sin más trámite, con servilletas atadas a la cintura en lugar de sacos de baño, los dos hombres, cayendo y levantando sobre las sinuosidades de la arena, arremetieron contra las olas, les sacaron lance... Raval desafiaba.

Pastoriza, que los veía, encontró brillante la oportunidad para su proyectado baño de mar. Se desnudó. Sus aprisionadas formas entraron en huelga, se puso aquella camisa que dejaba a la vista sus fornidos brazos, piernas y bien modelados senos. Y todos marcharon a la conquista del mar.

Las muchachas, con sus gritos, despertaron a las señoras.

Marie no quería mirar a su padre por sentirlo tan ridículo, pero el temor que pudiera sucederle algo, hizo que se aproximase a la playa con Bahamondes.

—*Père, prends garde!*

Raval nada oía; el ruido ensordecedor, los bríos de que se sentía animado, el calor, lo hacían tirarse en el pérfido elemento como sobre un lecho delicioso. Creía que aquel espacio azul brillante, que aquellas crestas blancas, eran las cúpulas doradas de Constantinopla, y ciego, inconsciente del peligro, perdió pie, las olas lo envolvieron y pronto desapareció, reapareció más

lejos manoteando desesperado. Otra y otra ola lo arrastraron hacia adentro más y más.

Creyeron al principio que nadaba, pero luego los espectadores se convencieron de que el mar lo llevaba. Don Acario lanzaba imprecaciones desesperadas. Pastoriza, con la camisa pegada a la cutis que mostraba su amplia carne sonrosada, gritaba y levantaba los brazos. Se juntó mucha gente, tiraron cordeles. Madame Raval corría sobre la playa, desahogada. Las hijas lloraban. Los curiosos daban consejos. Sólo después de grandes esfuerzos se logró salvar a Mr. Raval.

Cuando las olas tiraron el cuerpo sobre la playa, Raval estaba desvanecido. Las respiraciones artificiales permitieron exhibir aquel pobre despojo ante la mujer desolada que lo abrazaba.

—Mon Jean, mon pauvre Jean!

Las hijas gemían y los hombres las consolaban.

Sobre aquel cuadro, a medida que Mr. Raval abría lentamente los ojos, caía una tarde idílica. El cielo estaba decorado de palacios de oro, un soberbio abanico de ámbar mostraba la tumba del sol y en lontananza refulgían los horizontes con brillos insólitos. El huracán se había calmado y la noche comenzaba serena y magnífica!

IRIS.

Santiago, 1917.